



BOSQUE DE SIDAAS.

En el puente de *Oued-Kerna*, á legua y media de *Birkadem*, territorio de Argel, se extiende una magnífica campiña llena de naranjos, de sauces, de olivos y otros árboles: un riachuelo la atraviesa de norte á sur, y hacia el oeste, un espeso bosque brinda con su sombra al descanso y á la meditación. Es la vista mas pintoresca que se encuentra en las inmediaciones de Argel: entre los magníficos árboles que la adornan se encuentra la hermosa encina blanca de Europa, que no se ve en ninguna otra parte de Africa. Como renueva sus hojas todos los años, diferenciándose en esto de todos los demás árboles y arbustos de aquellas regiones, aparece en la primavera de un color verde muy vivo, que la hace ser conocida desde lejos y mucho antes de que se penetre en la espesura.

Este gran bosque, cuya perspectiva ofrecemos hoy á nuestros lectores y en cuyo centro se ven las ruinas bastante bien conservadas de un mausoleo, se llama el paso de *Blidah* ó *Dra-el-Mizan*, y está situado al este de *Bou-Hassan*, cerca de la montaña de *Beni-Namet*, y en el territorio de los *Onadaa*.

TEATRO DE LA HOZ.

Seguramente que D. JOAN DE LA HOZ Y MORA no merecería ser colocado en el número de los autores de segundo orden del gran siglo de nuestra escena, si no hubiera tenido la feliz inspiración de apartarse en una de sus obras dramáticas de la senda trillada comunmente por sus contemporáneos, de la tiranía de las comedias de enre-

dos y amores, para atreverse á trazar un carácter altamente cómico, guiado por un pensamiento moral; carácter, objeto y argumento en que conquistaron cabalmente su principal corona los príncipes del antiguo teatro latino, y del moderno francés.—Queremos hablar de la célebre comedia que lleva el título de *El castigo de la miseria*, primero y acaso único título á la nombrada y aprecio que disfruta en nuestro teatro D. JOAN DE LA HOZ Y MORA.

Preciso es convenir que en medio de los méritos que avaloran aquel drama, no puede concederse á su autor el de la invención, pues no solo pudo tener presentes al escribirle las dos obras maestras de Plauto y de Molière, *La avilularia* y *El avaro*, sino que adoptó y copió evidentemente el personaje, argumento, y hasta el título de una de las novelas de la célebre Doña María de Zayas, como puede verse comparándolas entre sí; sin que acertemos á explicar la distracción de D. Vicente García de la Huerta, que al insertar esta comedia en su diminuta y mal escogida *Coleccion del teatro español*, supone que está tomada de la novela de Cervantes, titulada: *El casamiento engañoso*.

El mismo colector (á quien sin duda por otra parte deba mucho Hoz para ser colocado en la gerarquía que ocupa) ignoró, según dice, las circunstancias de su vida, seguramente por falta de diligencia, pues á poca que hubiera tenido hubiese hallado que D. JOAN DE LA HOZ Y MORA, hijo de D. Fernando y Doña Ana de La Hoz, naturales y vecinos de la ciudad de Burgos, nació en Madrid en ocasión de hallarse en ella su padre de procurador á cortes por aquella ciudad, honrosa distinción que el mismo D. JOAN mereció tambien á aquella como regidor de su ayuntamiento, concurriendo con tal carácter de procurador el día 4 de diciembre de 1637 al juramento del príncipe

D. Felipe Próspero, y siendo él el que dirigió á S. M. la arenga ó razonamiento que en casos tales correspondía hacer al procurador de Burgos en competencia con el de Toledo. Consta además que mereció merced del hábito de Santiago; que fué individuo del tribunal de contaduría mayor, y luego del consejo de hacienda, y que como tal, asistió en 1689 á las exequias de la reina Doña María Luisa de Orleans.

Del mismo autor, que sin duda escribió otras varias obras dramáticas, han quedado aun hasta una docena, que señalamos más adelante, y que ciertamente valen poco, siendo hoy apenas conocidas de nuestros eruditos, á escepcion de alguna que otra, como *El montañés Juan Pascual*, primer asistente de Sevilla; *El blason de los Guzmanes* y *Abraham castellano*, y *El villano del Danubio*, ó *el buen juez no tiene patria*: pero sobre todas ellas sobresale inmensamente la ya citada de *El castigo de la miseria*, y no por cierto porque en el manejo del argumento carezca de las inverosimilitudes y desarreglo tan comunes á nuestros antiguos dramáticos; no porque no abunden en ella los episodios, las escenas inútiles ó incoherentes, especialmente todas ó casi todas las del acto tercero, sino porque el carácter del miserable D. Marcos, personaje principal, está tan superior y cómicamente dibujado, y matizado su retrato con colores tan propios, con chistes tan epigramáticos, con sales tan oportunas y altamente cómicas, que parece imposible imaginar nada mas acabado en su género. Reproducimos como ejemplo la tantas veces encomiada pintura que hace el criado de D. Marcos de la tacañería de su amo.

Él vive en un desvancillo
que aunque a posento le nombra,
el nicho de San Alejo
es con él sala espaciosa;
su comida es tan escasa
que si se pesa por onzas,
ni á un anacoreta fuera
colacion escrupulosa;
y aun para ella recorriendo
las tiendas, como quien compra,
muestras de legumbres pide,
y el precio de las arrobas;
y llenas las faltriqueras
trae á casa de esta forma,
de arroz, garbanzos, judias,
lentejas, y aun zanahorias.
Luz en las noches de luna
no la gasta, y en las otras
con pedazos de encerado
(del que en los coches despoja)
se alumbrá mientras se acuesta,
y con presteza tan pronta,
porque aun eso no se gaste,
que por la calle se afloja
calzon, medias y zapatos;
al subir desabotona
el jubon, suelta la capa,
y halla acabada su obra.
Si quiere probar tal vez
el vino, que nunca compra,
á la iglesia mas vecina
va con humildad devota
á ayudar dos ó tres misas,
y el que en cada una le sobra
y él sisa antes, en un frasco
que trae oculto acomoda.
A veces tiene criado;
pero con tan nueva moda,
que no le paga ración,
sino que según las cosas
que le manda, así por piezas
le concierla, de tal forma
que ya tiene un arancel
del precio de cada obra.
Un ochavo hacer la cama,
otro fregarle las ollas,
otro barrer, y á este modo,
siendo sus haciendas pocas,
con dos ó tres cuartos paga
un criado que las horas
que le sirve solo asiste,
con que ni escucha ni estorba.
Él inventó *aguar el agua*,
porque á una carga que compra

de la fuente, de año á año
añade del pozo otra,
y aun le va echando calderos
según gasta, de tal forma
que de San Juan á San Juan
dura, y aun la mitad sobra.
En fin, con estas industrias
el haber juntado logra
seis mil ducados, que guarda
en paraje que se ignora.

Ó el otro chistoso diálogo en que se presenta Chinchilla á servir á D. Marcos.

- CHINCHILLA... ¡Ha de casa!
MARC..... ¿A quién buskais?
CHINCH..... Señor mio, yo he sabido
que habeis despedido un criado,
y vengo...
MARC..... Buen desenfado.
CHINCH..... A servir si sois servido.
Yo llegué aquesta mañana
á Madrid, sin que os asombre,
sirviendo de gentil-hombre
á una señora indiana,
viuda de un gobernador.
MARC..... ¿Viuda? aquí mi arancel clama;
¿Cómo se llama?
CHINCH..... Se llama
Doña Isidora Avizor.
MARC..... ¿Y es muy rica? (*Escríbe en un papel.*)
CHINCH..... No hay que hablar.
Las perlas á arrobas pesa;
barra trae de oro mas gruesa
que una viga de lagar.
MARC..... Eso es burlarse.
CHINCH..... ¡Esa es buena!
Sin las piedras de valor,
trae un carbonco mayor
que una grande herengana.
MARC..... ¿Eso es chanza ó es diálate?
Pues donde tanto se ve,
¿Por qué os salisteis?
CHINCH..... Porque
Me hartaba de chocolate,
de té, café y pepian,
de pavos y de gallinas,
y yo entre estas golosinas
quiere mas un ajo y pan,
que con ello me he criado
y un trago de vino puro.
MARC..... Aqueso es lo mas seguro;
á mi molde es el criado: (*Aparte.*)
yo, amigo, no doy racion.
CHINCH..... Instruido vengo de todo,
y yo solo me acomodo
porque me deis un rincón
de casa en que descansar,
que yo, si pudiera ser,
tengo donde ir á comer.
MARC..... Jesús, hijo, ¿y á cenar?

Sería, en fin, preciso copiar toda la comedia, y especialmente todos los razonamientos, diálogos, respuestas y exclamaciones puestos en boca del miserable D. Marcos, para dar una idea de esta admirable figura cómica, que por sí sola ha bastado para asegurar la reputacion de su autor.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. JUAN DE LA ROZ Y MOTA.

Abraham (el) castellano, y Blason de los Guzmanes.
Buen (el) juez no tiene patria, y villano del Danubio.
Castigo (el) de la miseria.
Disparates (los) de Juan de Encina.
Encantos (los) del olvido.
Jueces (los) de Castilla.

Montañés (el) Juan Pascual, primer asistente de Sevilla.
 Por su esposo y por su patria.
 Sagrada (la) cruz de Oriedo.
 San Bernardo Abad.
 Santo Domingo.
 Sepulcro (el) de Santiago.
 Tal vez su flecha mejor, labra el acero de amor.

CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX.

II.

Tú sabes, Polux mío, que no siempre he tenido tan pobre, ó lo que es lo mismo, tan justa idea de este ir y venir, tejer y destéjer, y pasar haciendo ruido en qué consiste nuestra vida. Cuando tenía veinte años, el mundo era para mí de un encanto inexplicable. Amaba las primeras auras de la primavera, que oreaban mi rostro y que abrían las blancas flores del almendro; las golondrinas, que en el verano colgaban sus nidos de mi ventana; las hojas secas en el otoño, y las largas noches de invierno, en las que al amor de la lumbre leía á Homero y á Ovidio. ¡Ay, con qué doloroso placer recuerdo aquellos días en estos instantes de despedida, en que sentado al borde del sepulcro siento acercarse la hora de dejar caer mi cuerpo en el hoyo que lo espera! Me parece que veo mi blanca casa del valle, escondida entre los limoneros. Allí todos los días, después de comer, mi viejo Tadeo se sentaba en un banco de piedra. El cura y el alcalde de la pequeña aldea no se hacían esperar mucho tiempo, y juntos aquellos tres hombres tan diversos, el hombre de los campos, el hombre de las batallas, y el hombre del cielo, comenzaban una plática sencilla en presencia de los bosques, que recogían sus palabras, y bajo los pomposos árboles que dejaban caer las ramas sobre sus frentes venerables. Yo en tanto saltaba de roca á roca con mi escopeta al hombro, perseguiendo las cabras salvajes, me dormía sobre las flores en la margen de los arroyos, escribía mis primeros versos en la corteza de los árboles y amaba á mi vecina. ¡Pobre muchacha! Sentada á la ventana se paraba los días y las noches cosiendo, porque vivía de su trabajo, sin pensar en otra cosa, como ella decía, que en mí y en su labor. Laura tenía diez y nueve años, era hermosa, de ojos claros, y para pobre, de grandes pensamientos.—Castor, sulla decimo, mucho te quiero, pero maldiga Dios este amor si ha de empequeñecer tu genio.—Ya se ve, yo, el fin hijo de un héroe, tenía también mis sueños con la gloria, y aquellas palabras, y aquella abnegación, y aquel amor tan sublime, por eso sí, todos los días me repetía que me amaba y que debía de irme por ese mundo en busca de una fortuna, que dividida con ella, acabaron por infundir en mi pecho una pasión desconocida y ardiente. Verdad es que á veces daba yo en la tontería de pensar que para nada me hacían falta la gloria y las riquezas, teniendo, como tenía, el amor de Laura, un arbol á cuya sombra sentarnos, y el hueco de una roca donde abrigarnos de la tormenta. Pero esto era un disparate, porque así Laura me lo dijo. Y con esto, el recuerdo de mi padre, y las relaciones de Tadeo, fui sintiendo un deseo poderoso de irme por ahí tierra adelante, como los héroes del Tasso y del Ariosto, á conquistar riquezas y laureles que rendir á las plantas de mi dama.

*Maldito el hombre que virtudes siembra
 Para coger cosecha de desgracias.*

Mi padre se hizo matar de pena de haberme engendrado, y mi madre se murió por no parirme. ¡Padres míos, qué bien conociais la vida que me regalabais! Era una de esas melancólicas tardes de los días de otoño, el sol caía majestuosamente en la mar, los árboles, colgándose y murmurando, parecía que lloraban la muerte de sus hojas, los vientos traían en sus pliegues los cantos de los pescadores, las cabras silvestres brincaban entre las breñas, los labradores conducían sus yuntas á la aldea, el mar se extendía á lo lejos como una inmensa llanura, y la naturaleza entera, como que escuchaba en silencio el último suspiro del día que iba á morir. Laura me esperaba en el valle y leía unos versos que yo había escrito para ella en el tronco de una acacia. ¡Qué hermosa estaba! Al verme se sentó, y me hizo seña de que compare su lado: yo me senté á sus pies. Ella arregló mis cabellos descompuestos por los vientos de la sierra, y limpió el sudor de mi frente con la palma de su mano. Yo la contemplaba estático, mis ojos en sus ojos y sus manos entre mis manos.—¡Qué hermosa tarde! exclamé, ¡qué bosque tan sombrío y qué dulce es la vida de pedillas á tus pies! Laura se enorguló de hombres. Perdona, Laura mía, proseguí, sé que vas á decir que mi pasión es indigna de la tuya, que es vulgar, egoísta, pero ¡te quiero tanto!—Si me amaras,

me interrumpió, ya que no eres capaz de sentir como yo siento, al menos me obedecerías.—Habla, te amo, á todo estoy dispuesto... hasta á separarme de ti, dije, y oculté la cara entre las manos. Hubo entonces un momento de silencio: Laura se echó en mis brazos y exclamó con voz vibrante.—Juro en nombre de Dios, que me está mirando, no volveré á besar esta frente, y al mismo tiempo sentí sus labios en la mía, hasta que la victoriosa corona de laurel en los campos de batalla. Luego desapareció por entre los árboles, y yo quedé trémulo de placer, y como absorbido en una exaltación mental por esta prueba inaudita de su amor. Médela hora después cruzé el valle cantando un himno guerrero. En el día siguiente Tadeo entró en mi cuarto con solemne ademán: en la una mano llevaba el fofo de sus campañas, en la otra la espada de mi padre. Laura le seguía á pocos pasos; al verme se sonrió, claro es que para ocultar su emoción, que por otra cosa no podía ser ostentando yo, lo que más amaba en este mundo, de partida para la guerra.—Castor, me dijo Tadeo adelantándose, aquí tienes la espada de un botable honrado, de un valiente... ¡que el cielo te dé mas fortuna que á mi capitan! No puedo proseguir, saludó militarmente y se limpió los ojos con el revés de la mano. Laura se colgó de mi cuello. Yo sentía que las fuerzas me abandonaban: me era preciso partir; hice un violento esfuerzo y me arrancé de sus brazos. Los vicetos de la mañana despejaron mi frente; entonces levanté la cabeza con orgullo; el cielo estaba azul; una nebulosa blanca estendía poco á poco sus alas por el firmamento: es mi fortuna, dije, y tomé mi resolución el primer camino que encontré. En lo alto de la escalera, Laura enjugaba sus lágrimas con su blanco delantal, y Tadeo agitaba su pañuelo de cuadros en señal de despedida.

CASTOR.

VISTA DEL TEMPLO DE SAN GERONIMO.

El grabado que aparece en la página 68, representa la iglesia de San Gerónimo, monasterio situado fuera de los muros de la ciudad de Salamanca.

El templo pertenece á diversas épocas, y así lo manifiesta su arquitectura. El interior (hoy abandonado) consta de una hermosa nave gótica con capillas laterales. La fachada se compone de tres cuerpos, el primero, dividido en otras tres partes, por elegantes columnas parradas, es de orden corintio, y en el medio se abre la puerta que adornan pilastras relevadas, concluyendo con un arco pequeño, donde se hallaba la estatua del santo titular. En las secciones de los lados se ven dos ventanas ligadas, superadas por bajos relieves, con las armas de la orden y del fundador.

El segundo cuerpo es de orden compuesto, y se aviene mal con la gran ventana semi-gótica que tiene en medio; encima de ella están las armas de la casa de Austria. El tercero, por fin, es de muy poca elegancia, y consiste en una espadaña de tres arcos romanos. El conjunto, aunque defectuoso en los pormenores, ofrece agradable golpe de vista.

Fue el monasterio fundado en 1490 por D. Francisco de Valdeá, noble zamorano, que viéndose en grave peligro en la batalla que se dió al rey de Portugal en 1479, junto á Toro, hizo voto de erigir un monasterio, siendo los Reyes Católicos los que señalaron el pueblo de Salamanca para verificarlo. Tras de varias vicisitudes, concedió el gobierno á D. Juan Maria Rossi este edificio con otras fincas, para levantar un establecimiento de industria sedera. Hicieronse efectivamente gastos, y no se adelantó al cabo nada, teniendo la culpa el director industrial, Rossi, y tambien la sociedad que se formó, que pensó poco ó casi nada en la industria cuyo nombre le servía de título.

EL ESPEJO DE LA VERDAD, cuento fantástico.

(Conclusion.)

X.

TACAÑERIA, CELOS, HIROFOBIA, GAZMOÑERIA, BRUTERIA, Y OTRAS VIRTUDES DE HOMBRES Y DE MUJERES CON QUE EMPIEZA Á PROMOVERSE LA INTENCION MORAL DE ESTE RELATO.

Al llegar á este punto mi abuela, díjome que pasaron diez y meses, y mas meses, y años, y más años. Seis tenía á principios, y era como una plata de divina, en todo su madre, corregida y sumada y perfeccionada, cuando en el comercio de las brujas hubo una crisis tan horrosa, que varias casas respetables quemaron, y se vió pedir limosna á brujas ó brujos que habían tenido siempre un pedazo de pan y un mediano acomodo en su casita. No ha

llegado á mi noticia si fué agio de algun banquero ó del señor Lucifer en persona lo que le ocasionó, porque estas desventuras siempre traen sus sendas picardías á la cola, y holgárame yo de descubrir en esto la verdad, para que nadie llara de hoy en adelante de la mano de tal ó cual brujo su dinero.

Pues fué tal la crisis, que se atrasó en el pago de la pensión la bruja primera, y pasó un mes en blanco, y pasaron dos, y la bruja segunda le envió con su gatazo negro un recado de atencion, y ocho días después, viendo que no se daba su colega por atendida, cogió de un brazo á la princesa una mañanita temprano, y saltando arroyos y cruzando bosques para que desconociera luego el terreno, sin pizca de misericordia la plantó de patitas en la calle, como se dice vulgarmente. Era allí la calle, segun va dicho, una selva espesa, con su algo de gui-

jarros, que le destrozaban los piés á la pobre niña, y su mucho de jaras y malezas que le destrozaban el cuerpo, poniéndole un miedo como de su situacion y de su edad, con que viéndose sola y rodeada de avehuchos horribles, echó á llorar lastimosamente, sentándose en una puña.

Vamos á que el gato de la bruja le habia cobrado aficion. Como ella le halagaba con mejores modos y no era con él egoísta, como la vieja, que le hacia comer de sus sobras, si las habia, tomó ley á la princesa, y ocultándose entre las matas para que no le viera la bruja, la siguió hasta aquel lugar.

Muy desconsolada y llena de temores estaba la niña, cuando sintió á su espalda un fuertísimo rumor, y que de la saya de esta-meña la cogian, con que dió un salto y un grito, y estuvo para



(Vista del templo de San Gerónimo.—Salamanca.)

accidentarse; pero doblado fué su júbilo cuando reparada de su espanto hallose con el gatazo negro, que ensortijando su cola y erizando el pelo del lomo, le hacia un millon de muestras de cariño, y le lamia las manos con su lengua áspera y se enroscaba á sus piés, y tomando una vereda de perfiles, comenzaba á brincar delante de ella, volviendo la cabeza á cada instante á mirarla como si diese á entender que le seguiera.

Ni podía pensar la niña con tan cortos años, ni comprender el intento del animal; pero por cierta inspiracion instintiva que no se esplica, echó tras él cantando alegremente mientras no le salia al paso bicho alguno, y aun iba cogiendo florecillas silvestres de aquí y acullá, y luego deshóndolas sobre el lomo del gatazo, que se erizaba y gruñía de contento.

Y como era tan inocente, muy á menudo preguntaba á su guía:—¿Adónde vamos?

Y el silencio del gato, y los inteligentes ojos que volvía hacia ella, le arrancaban una infantil sonrisa.

Pero cate V. que á cada paso un acaso: iban por en medio de un bosque muy espeso y muy negro, tan espeso como la cabellera de la niña, y tan negro como el alma de la bruja, cuando suena al pié de ellos una voz ronquisima y desagradable, que más que de persona parecia de un animal enteramente selvático de la tierra aquella.

Dió Micifuf un salto que le hizo hallarse á retaguardia, y se puso temblar la niña como le rama en que juegetean dos pajarillos, sin atreverse á abrir los ojos, ni aunque oia los bulidos del gato, y bulla á su espalda como de andar precipitadísimo entre la maleza.

Creciendo y creciendo el rumor extraordinariamente, viose de la selva salir una extraña figura humana. Parecia un monstruo mitológico de aquellos que la poesia infantil de los primeros tiempos engendró con un instinto algo más sabio y profundo que la poesia de los tiempos de ahora, lo que prueba que los hombres son como los hijos de Kitolis, mientras más grandes más brutos. Esto podrá no ser un consuelo, pero es una verdad.

Por hablar de los hombres, nos habiamos olvidado del monstruo.

Larguissimos cabellos y barbas rojicinas le cubrian casi enteramente el rostro, en que á duras penas se vislumbraban dos ojos centelleantes de extraño resplandor. A primera vista dijérase que cubria su cuerpo una piel de animal; pero detenidamente contemplado se daba en que aquella piel era la suya propia de los temporales curtida, y de espesísimo vello poblada. Ligero su andar y á saltos, encasillados sus piés y sus manos hasta semejar pezuñas, y los restantes miembros á este tenor, dábanle el aire de un orangutan engerto en hombre, ó de un hombre con sus puntas de orangutan.

La princesa lanzó al verle un grito pavoroso, cayendo de rodillas, y él al verla otro, salvaje y áspero, abalanzándose á ella en talante amenazador; pero la mirada suplicante de la niña y las manos que le tendia en demanda de compasion, y quizás su llanto y su hermosura, debieron de conmovarle ó fascinarle, pues asiéndola de un brazo, aunque con harta dureza, se puso á contemplarla detenidamente laccion por laccion, y á palparla después, ahogando mil sonidos atroces que parecian palabras.

El gato mientras tanto tomó un aspecto de Hércules: contemplaba aquella escena muda con los ojos chispeantes, el rabo enarbolado, como pusa de puerco-espín el pelo, y las garras dispuestas á un ataque brusco.

Al fin la fantasma cesó en sus aspayientos, y soltando el brazo de la niña, que estaba ya como una cereza de cuanto lo apretaba, comenzó á estirarse y á encogerse una y otra vez. Sin duda era cosa de los nervios y sostenia en sus adentros alguna violenta lucha.

Entre los balbuceos que lanzaba, ásperos y desagradables como el rechinar de una sierra, podian comprenderse, cogiéndolas al vuelo y enlazándolas, estas palabras misteriosas:

—¡Te-odio-linda! ¡Teo-dio-linda!

La niña sin embargo proseguía de rodillas, y el leal Micifuf delante de ella haciendo centinela.

—¡Qué me quiere V. y se atrevió á murmurar el ángel de Dios.

—Hum!... hum!... gruñó el orangutan como si aquel acento le recordara alguna cosa desagradable.

—¿No me haga V. daño por la Virgen Santísima!...

—¡Mu-ger!...

—¿Si yo soy una niña!

—¡Ma-rrí-doo! gruñó el monstruo con mas fuerza.

—Yo no sé lo que V. me dice.

—¡Te-odio-tinda!...

Y esta vez circulaban por su cuerpo unos temblores horribles, y las venas se le ponían como sogas.

La situación era tan estrambótica, que hasta el gesto se hacia cruces.

Tranquilizada la niña con ver que no le dañaba en modo alguno, así se poniese en pié y á proseguir su camino. El hombre-mono echó tras ella vacilante, mirando á todos lados como para observar si á síguen los seguía; y de no ver á nadie hallábase al parecer muy satisfecho.

Micifof, tambien tranquilo, volvió á representar su papel de itinerario, aunque no sin volver de tiempo en tiempo la cabeza un tantito rezoboso.

Por encima de los matorrales que atravesaban se divisó una eminencia de pedrusco y peña viva, llena toda de boquetes como cuevas semejantes á la de la bruja segunda; y tomando el sol á la puerta de uno de aquellos boquetes, se divisaba tambien á la bruja protectora de la reina, en compañía del sabio Merlin, su cortejo y gerente, nato de la sociedad de los brujos.

Con esta aparición hubo la niña de cobrar ánimos para tremolar al aire su pañuelo, y al apercebirlo Merlin y la bruja bajaron rápidamente de la eminencia.

—¿Quién es esa niña? preguntaba el encantador á su amada por el camino.

—La hija de un rey muy feo.

—Pues ella me parece hermosa, aunque no la distingo muy bien.

Ya empezó á estremecerse la viejecilla, y tentada estuvo de invocar á su protector el diablo.

Mas ya no era tiempo. De un salto la niña se arrojó desalentada á su cuello, y Merlin no pudo contener una exclamación, arrancada á par por la notable hermosura de aquella, y por el extraño personaje que la seguía.

Bien comprendió la vieja la exclamación de Merlin, y no le quitaba ojo, sudando la gota tan gorda, fuera de si como si esperara algun suceso terrible. Con afecto, un segundo después, por arte de un conjuro, comenzó la niña á crecer palpablemente, y á trasformarse en una doncella de lo más gurrado que anda por el mundo, y esto, tan pronto y tan á las claras, que el mismo salvaje parecia espantado.

Dió la bruja un grito, adivinando que el brujo le hacia traición, y en un arranque de celos lanzose á la pobre criatura con las uñas enristradas en son de hacerla cuartos, y logrórlo fielmente á no colocarse en un brinco entre las dos el hombre-mono, que desuavainando unos dientes, casi colmillos de jabali, dió á la vieja en el pecho izquierdo tan asombroso mordisco, que viose allí representado á medias el martirio de Santa Agueda.

—¡Voto á Lucifer! exclamó la bruja. ¡Es el rey Anónimo!

—¿Quién? dijo Merlin, picada su curiosidad con este nombre misterioso, que no traía en aquella época ningun almanaque de Gotha.

—¡Hum!... ¡Anó-ni-mmo!... ¡ma-rrí-doo! gruñó el hombre-mono con una mueca espantosa.

—¿Qué dice? murmuró Merlin, embelesado en contemplar á la doncella.

—¡El es! ¡él es, Anónimo!

—¿Pero quién es Anónimo?

—El rey que rabió por culpa de su muger.

—¡Hummm! ¡mu-ger! gruñó el orangutan poniéndose como un energúmeno.

—Ya caigo: luego él es...

—Padre de esa mozueta que Lucifer confunda.

—¿Si? pues chasco se lleva.

Y arremetiendo Merlin á la hermosa jóven, iba á cogerla en sus brazos, cuando se sintió medio hombre por el aire de un mordisco feroz.

Pocos minutos después, con su hija en los brazos y hartándose mutuamente de besos, corria tierra abajo el rey Anónimo, seguido de Micifof, que brincaba de júbilo. La bruja, con risa siniestra, unas veces decía á gritos:

—¡Ya curó de la rabia! ¡ya curó de la rabia!

Y otras veces, viendo á Merlin tan mal parado, decía con júbilo de celosa:

—Nos hemos lucido.

XI.

EN QUE SIGUE PROBLÁNDOSE LA MORALIDAD DE ESTE RELATO.

Con efecto, al día siguiente Merlin y la bruja rabiaron á duo, y como no estaba de Dios que sanaran con el beso de la muger mas hermosa, á imitación del rey Anónimo, se despedazaron uno á otro para ejemplo de finos amantes.

Sin embargo, queriendo la bruja dejar en el mundo muestra de sí, hizo antes de rabiarse una escapatoria á palacio, y compuso el espejo de la verdad, escondiéndolo detrás de un cuadro magnífico que representaba el infierno.

XII.

CONCLUYE LO MAS MALO, CON OTRAS COSAS PURAMENTE FEMENINAS, DE ALTA MORALIDAD.

Grandes y vistosas fiestas se celebraban en palacio un año después. En los seis trascurridos pasaron cosas de gusto.

Convencido el pueblo, la corte y la misma reina de que Anónimo habia muerto rabiando, vistieronse lutos, y se celebraron por su alma inojosísimas exequias al principio, le olvidaron al postre, y no sin turbios y rencillas de ambiciosos se nombró á Teodolinda regenta del reino. Su confidente, el director de la Gaceta, llegó á ministro de Estado, y entre los dos andaba la pelota pública de aqui para allá. Esto en cuanto á la pelota pública.

En cuanto á la pelota particular de Teodolinda... mejor es no meneallo.

Pero el gacetero contaba con mayoría en la asamblea, y esta, en un arranque de patriótica exaltación, propuso á S. M. la reina regente que eligiera un nuevo esposo, para—son palabras del mensaje,—«para que el pueblo leal y noble no viviese dominado de la horrible idea de veria morir sin sucesión. ¿Qué seria de nosotros, esclamaban los diputados elocuentemente, qué seria de nosotros si el cielo nos negara un heredero de todas las innumerables virtudes de V. M.?»

No se hizo de penceas Teodolinda, y eligió por esposo al ministro universal.

No se hizo de penceas el ministro universal, y aceptó la mano de Teodolinda, aunque era lo único feo que tenia.

Y por cierto que al ex-gacetero le costaba un gran sacrificio el casarse, pues hacia cosa de diez meses que con nombre y condicion fingidos amaba á una modesta cuanto hermosa jóven. Habíala visto cierta vez hilando á la ventana, y aunque la niña nunca le manifestó grande afecto, habia cedido al fin á sus halagos, como por compasión á cosa parecida.

En celebridad de la futura boda eran pues las fiestas del palacio con que dimos comienzo á este capítulo.

Mientras en su gabinete la reina entre damas y camaristas se albenaba lujosamente el día de la boda con rostro compungido y alma alegre, penetró el gacetero en casa de su amada. Iba á verla por última vez, y la quería con estremo.

El padre de la jóven, anciano de lengua harba, y tan áspero de genio y tan celoso que no se apartaba un punto de los dos amantes por ninguna razon, aquel día se hallaba solo.

—¿Y vuestra hija? le preguntó el ministro disfrazado.

—Se está vistiendo para una gran ceremonia.

—¡Hola! veo que hay novedades por aquí.

—¿Cuáles? preguntó el anciano sencillamente.

—¡Usted tan acicalado!

—Quise echar una cana sinuera.

—¡Ah! por eso se ha quitado V. la barba.

—Por quitarme muchas canas.

—Está V. rejuvenecido.

—¿De veras?

—¡Y qué alegría rebosa ese rostro! No parece sino que hoy...

—¡Hoy es gran día.

—¿Por qué?

—Vamos á la ceremonia.

—¿Qué ceremonia? murmuró el jóven haciéndose el desentendido.

—La de palacio.

—¿El casamiento?

—Eso es.

—¿Con que van VV. á palacio? repitió con asombro y disgusto el personaje.

—Si señor. Y convidados, que es mas.

—¿Convidados á la boda?

—Si señor.

—Gran favor logran VV.
 —No me daban buenos amigos.
 —¿Y qué empeño ni qué gusto pueden VV. tener?...
 —Quiero que vea mi hijo cosas nuevas. Quiero que vea cómo una mujer que no sabe ciertamente si es viuda, osa en los altares anular un juramento sagrado con otro impio.
 —¿Con qué extraño exaltación habla V. de la reina!
 —Soy hombre honrado.
 —¿Opina V. quizás, como el vulgo, que puede vivir aun el rey Anónimo?
 —Sí señor.
 —Pues vaya un capricho.
 —¿Quién sabe? En esto de vidas y muertes solo Dios sabe la verdad.
 —El estaba rabioso.
 —La reina le puso.
 —Y huyó de palacio.
 —Por no ver á su esposa.
 —Tiene V. al rey por mas sabio que era.
 —Le tengo por cuerdo nada más.
 —¿Tambien se exalta V. al hablar del rey! murmuró el ministro estupefacto. Cualquiera diría...
 —Qué Anónimo fué mi amigo.
 —¿Sí? ¿Luego no es V. lo que parece?
 —¿Quién sabe?
 —Pues sí V. le ha conocido, como yo...
 —¡Ah! ¿con que V. tambien...
 —Sí.—Pues confesará V. que no tenía mucho de Salomon.
 —Un tantico mas que nuestro futuro rey, dijo el anciano con mucha sorna, clavando indiferente sus miradas en el gacetero.
 —Pues rabiar así... por un simple mordisco... murmuró este.
 —¿Qué enterado está V. de los secretos del real matrimonio!
 —Rabiar así, no arguye mucho seso.
 —¿A quién no hace rabiar una mujer?
 —¿Con un simple mordisco? ¡qué exageracion!
 —Sin mordisco.

A este punto entró en la sala la jóven, ataviada con destimbradora riqueza. El ministro lanzó una exclamacion de asombro y espanto al par.

—Ese traje, exclamó, es igual al de la reina.

—¿De veras? dijo su padre sencillamente.

—Y ese aderezo tambien.

—¿De veras?

—¿Y ese?...

—Vamos, que ya es hora, exclamó el anciano, cogiéndose de brazo con la niña.

sin saber qué pensar de aquel misterio, despidióse de la pareja el ministro, murmurando:

—¿Me van á reconocer, y soy perdido!

Una hora después la régia comitiva entraba en la capilla con bizarró séquito de cortesanos y damas.

Es de advertir que la capilla estaba casi abandonada desde mucho tiempo atrás. Sin embargo no faltaba una lámpara de plata ardiendo siempre, y candeleros de plata, y cuadros magníficos, entre los cuales había un *inferno* con sus llamas que daban color y sus diablillos repartiendo tizonazos, que no parecia sino que ya la iban á pegar con el que los miraba.

Al adelantarse hácia los concortes el arzobispo que los iba á bendecir, oyóse entre la multitud un grito salvaje y una exclamacion feroz en dó menor.

La reina volvió el rostro, pálida como la muerte, y su futuro se le pasó la cara con los faldones del frac.

Todas las miradas al mismo punto se volvieron hácia donde habla sonado la exclamacion. Un caballero y una niña muy hermosa, abriéndose entre la gente paso, avanzaban al comedío de la capilla.

—Detenedle! gritó la reina desencajada.

—Paso al rey Anónimo y á la princesa su hija! exclamó el caballero.

La multitud se hacia cruces. Aquello fué una Babel. Todos se empujaban gritando que reconocian á su rey, que la reina estaba maldita, y otras linderas por el tenor.

—¡Perjura! gritó Anónimo hácia Teodolinda por un brazo. ¿Quién te aseguró mi muerte, quién?

—¡Bien! dijo una voz lóbrega que nadie supo de dónde sála.

—¡Perjuro! dijo la niña encarándose con su amante: ¡perjuro!

—¡Duro! repitió la voz.

La reina sin embargo se atrevió á murmurar:

—El pueblo es tan exigente...

—¡Miente! añadió la voz mas húeca y mas sonora.

El ministro tambien se atrevió á responder á la niña:

—Yo á ti sola te quiero.

—¡Embustero! gritó la voz desgañitándose.

Sobrecogidos de espanto los concurrentes miraban á todas partes sin atinar de dónde salían aquellos ecos horribles.

Teodolinda tenía sus ojos lavados en el cuadro del infierno.

—Señor arzobispo, dijo Anónimo al reverendo, casa vuestra ilustrísima á la reina y al ministro, que yo, autorizado por una ley que en este instante promulgo, declaro libres á todos los maridos que rathien por culpa de sus mujeres.

Y fué en vano que se resistiesen Teodolinda y el gacetero. Unió impasible Anónimo sus manos, y el arzobispo principió la ceremonia.

Al pronunciar aquellas palabras de

—Yo os uno en lazo eterno...

—Para el infierno, para el infierno, murmuró sordamente la voz misteriosa.

Todos los ojos, por secreto impulso se volvieron al cuadro del infierno. Las llamas chisporroteaban, los condenados se reían enseñando los dientes, y los diablillos se echaban á reír con la punta de su velludo rabo.

—El espejo de la verdad, murmuró Teodolinda, ha resultado en el infierno.

—¿Adónde lo echaste tú? respondió el rey.

Y volviéndose hácia el cuadro consabido, prosiguió Anónimo:

—Tú me ayudarás á encontrar otra que sea buena mujer y buena reina, pronto.

—¡Tonto! murmuró la voz mas lúgubre que nunca.

FIN.

27 de mayo de 83.

VICENTE BARRANTES.

Un viaje al Puerto de Santa María en falucho.

Corría por el signo del Leon el año de gracia de mil ochocientos y tantos (que no hace al caso el pico para la exactitud de mi historia). cuando me acaeció el lance que voy á contar; pero como importa el saber quién yo sea, allá van las necesarias noticias para mejor inteligencia de mi relato.

Yo soy, para servir á Dios y á mis lectores, natural y vecino de un pueblo de la provincia de Jaén, donde no había visto mas aguas ni mas mares que la alberca de alguna huerta. Por el año citado mis asuntos me llamaron á Cádiz, y allí llegué en el carro del correo, vehículo descoyuntador que aun hoy día no ha sido sustituido por carruaje mas decente ni mas cómodo; de forma que con mis treinta años acuestas ignoraba yo de todo punto lo que era un barco, á la fecha de la aventura que voy á referir.

Pocos dias habian trascurrido desde aquel en que divisé por primera vez las blancas torres de la perla del Atlántico, cuando por calles y plazas oí pregonar la papeleta de una famosa corrida de toros que debia verificarse en el Puerto, como es costumbre en la inauguracion de la alegre feria de la Victoria. Tentome la curiosidad, y á fin de que no me faltase asiento hice me comprase y trajese una valla uno de los ordinarios que diariamente vienen y van. Con mi billete en el bolsillo y mi firme resolucíon de gozar de tan excelente rato, despuse mi partida para las dos de la tarde, y en efecto á la dicha hora caminaba á buen paso para el muelle, no sin un tantico de recelo, pues al cabo, como llevo dicho, era para mí el poner los pies en un falucho un verdadero acontecimiento. Un gallego caminaba detrás de mí con el pequeño lío de ropa estrictamente necesario á mi corta expedicion, y á poco rato atravesábamos el cañon de la puerta del Mar, viéndonos en un instante rodeados de patrones que nos ofrecían sus barcos, y que se disputaban la presa de mi exigua persona con un encarnizamiento cuyas consecuencias llegué á temer seriamente.

Aquí fué Troya: dos marineros acababan de apoderarse de mí, y casi de cabeza me hicieron rodar hasta un bote, conduciéndome en él á su falucho sin cuidarse de mis quejas y sin hacer caso de mis protestas de violencia; pero mis clamores llegaron á su mas alto punto cuando vi á mi pobre lío que navegaba en direccion paralela, y que arrebatado por no sé quién hacia rumbo al Puerto en otro de los faluchos de la carrera. Dile pues con lágrimas en los ojos el adiós postrero, y conociendo que se hacia de mi individuo un verdadera rapto como el de Elena, rogué á los dioses inmortales no tuviera este para mí consecuencias tan fatales cual para Troya tuvo aquel otro.

Forzoso pues fué el resignarse con aquella nueva situacion, y escheme á buscar un sitio donde acomodarme lo menos mal posible. No era sin embargo tan fácil la empresa, porque el falucho estaba repleto:

pero al fin asenté mis posaderas en una de sus estrechas tablas, y guardando el equilibrio me hice cuenta de que al fin tres cuartos de hora se pasan de cualquier modo.

Sin embargo, en el libro del destino estaba escrito muy de otro modo. El patron me habia ofrecido solemnemente que iba á darse á la vela sin detencion alguna; mas pasó media hora larga sin que la mas leve maniobra nos anunciase que íbamos á partir, y sin que ocurriese otra cosa que la llegada de vez en cuando de algun nuevo inquilino á quien arrojaban á manera de pelota desde el bote al falucho, donde pisoteando á este, cayendo sobre aquel y tropezando con todos lograba embutirse, no sin gran trabajo, en aquel mosaico humano. Al cabo pues de la dicha media hora comenzase con gran calma á izar la antena, la cual subió con la mayor dignidad hasta los dos tercios del palo. En seguida soltose la vela, y mas esta comenzó á capatear con tal fuerza, que tras de haberme derribado y écheme caer sobre una vieja que á mi derecha estaba, agarró en uno de los zapatos mi sombrero, el cual, mas feliz que yo, logró volver al muelle de Cádiz flotando sobre las olas; pero como no era cosa de echarme á nadar tras él, resultó que me quedé destocado, y que me fué forzoso colocarme un pañuelo en la cabeza.

En estas y en las otras tardamos aun otra media hora mas, de forma que ya llevaba una larga de estar embarcado, cuando el fementido falucho, empujado por un viento levante de esos que soplan en Cádiz cuando hay alguna festividad ó diversion pública, se puso á la via y salló echando chispas para el deseado término de mi viaje.

La fuerza del viento habia obligado á quitar cierta cobija de lana á la que llamaban carroza, y el sol de agosto caia aplomo sobre nuestras cabezas, especialmente sobre la mia. El calor, los inusitados estuivos maritimos, el movimiento del barco, y los no muy limpios olores que exhalaban mis apañados compañeros de viaje, operaron en mi estómago y en mi cabeza una revolucion tal que creí llegada mi última hora. Cádiz, el Puerto, las embarcaciones de bahía daban vueltas y mas vueltas ante mis ojos, sentia horribles bascas, caíame lagrimones como puños, y en este estado mi vecina la vieja, abriendo su poderosa boca, me puso como nuevo, antes que llegase á su socorro la reclamada tineta. Este ejemplo fué contagioso, y yo, no queriendo ser menos, inundé á mi vez á la vieja, todo ello entre las risotadas del concurso. En estos darses y tomarses llegamos á la barra. La reventazon era fuerte, y los golpes de mar nos entraban por la tirilla de la camisa y nos salían por las costuras de los zapatos. Rajaba la marea, buscose el hajo de Pontiente, pero en vano: arrastramos la quilla una vez y dos; pero á la tercera ni palancas, ni bicheros fueron poderosos á hacer que arrancase el falucho. En una palabra, baramos tan de firme que no parecia sino que á aquel leño le habian vuelto á salir sus antiguas raíces. Las mugeres chillaban como ratas, los hombres echaban tacos y pestes contra el patron, y yo, muerto de miedo y de mareo, me encomendé á las ánimas benditas, casi seguro de ser una de ellas antes de un cuarto de hora. Sin embargo, nuestro mismo embarrancamiento nos salvó. Los golpes de mar, si bien nos calaban, no eran poderosos á tumbar el barco, y así nos resignamos á la haradura hasta que la marea creciese lo bastante para arrancarnos de allí. Afortunadamente solo faltaban tres horas y media, lo cual no es nada si se compara con la eternidad.

Durante este largo plazo, y desde nuestro islote de madera, oíamos la festiva algaraza de los toros, los aplausos, los silbidos, el paloteo: en fin, fuera de verlos, disfrutábamos de los accidentes estereiores de la corrida. Al cabo mohinos, aburridos y dados á Barrabás esperamos la marea, la cual nos sacó en efecto del atolladero, y llegamos al muelle del Puerto en el mismo punto en que pasaba la gente de vuelta de los famosos toros. Eché mano al bolsillo, saqué mi boletín de valla y lo arrojé al mar, no sin impulsos de arrojarme yo detras. Llegué á mi posada sacudiéndome como los perros de aguas, metíme en la cama, y antes de salir el sol caminaba yo en una calesa para Puerto-Real, con ánimo firme de no volver al Puerto hasta que desaparecieran los faluchos de la travesía, dando lugar á cómodos vapores de baras fijas, mas en armonia con el siglo en que vivimos.

En otro viaje que á Cádiz hice algo después, y que se habian cumplido mis votos, y que los faluchos eran ya un objeto histórico y nada mas: yo con este artículo presento un dato, y muy exacto, para el que quiera escribir su historia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



A LA MEMORIA

del Escmo. Sr. D. Nicolás de Azara,

ODA (1).

Grande, España, en poder un tiempo fuiste,
Días de gloria para tí cortieron,
Un mundo descubrieron
Las naves de Isabel: fiero venciste
En Lepanto, en Pavia,
En San Quintín... El mar acató un día
Tu noble pabellon cuando imperaba
El tercer Carlos, y las turbias olas
Vianse henchir de naves españolas,
Azara entonces del monarca hispano
Representó con gloria
La augusta majestad: el Vaticano
Admiró sus virtudes; su memoria
Aun hoy en Roma vive... Dadme flores
Para adornar su tumba; insignes vates,
Pulsad la lira, y suenen sus laóres.
¡Cuánto las letras y las bellas artes
Debieron á su ahan! Por él á Horacio
Monumento envidiable
Y al grandioso Maron levantó en Parma
El célebre Rodoni, mas durable
Que el mármol honorador del culto Lacio (2).
Tullo le inspira, y atinado vierte
En el castizo idioma de Cervantes,
Las frases elegantes
Del escritor britano,
Que acertó á retratar con feliz suerte
Al grande cónsul y orador romano (3).
Otras veces político profundo,
En el libro versado del gran mundo,
De la agitada Europa los sucesos
Con sencillez publica,
Y su futura suerte pronostica (4).
Del ilustre español á la tarea
No hay descanso jamás: deja la pluma,
Y estudiando las artes se recrea.
Ya de Venus admira
La peregrina celestial belleza,
Que en el mármol respira,
Y del guerrero alabada la fiereza;
Ya de Apolo le encanta
La noble majestad; el dios glorioso
Se ve triunfante en plácido reposo
La tierra dominar con firme planta (5).
Ora al ver de Laoconte
En la angustiosa faz la horrible imagen
Del paterno dolor, y la serpiente
Que á sus hijos aboga y envenena
En furor convulsivo;
Desagarradora pena
Clava el dardo en su pecho compasivo.
Luego de la sensual mitología
Los ojos apartando,
A tí los vuelve, religion del cielo,
Toda espíritu y fé. ¡Con qué alegría
Alzarse ve del suelo
En el claro Tabór transfigurado
Al Salvador divino (6)!

Tú, genio creador, honra de Urbino,
Que con dulce embeleso
A Jesús retratabas ensalzado
A la mansion de su celeste Padre;
Otra vez bajo el peso

(1) La siguiente composicion se hizo para la Corona poética deltoada á este noble personaje.

(2) Se alude á las magníficas ediciones de las obras de Horacio y Virgilio hechas en Parma bajo la direccion del señor Azara.

(3) Vida de Ciceron escrita en inglés por Middleton, traducida por Azara, obra de gran mérito y traduccion no menos recomendable.

(4) Las cartas que dejó escritas al señor Azara acreditan su fino, precioso, y gran conocimiento de los negocios públicos.

(5) El Apolo Píto después de haber vencido y estado á la serpiente.

(6) El famoso cuadro de la Transfiguracion de Rafael.

Jimiendo de la cruz, le presentabas
 Con filial melancólica ternura,
 Vuelta la faz á su amorosa Madre,
 Víctima del dolor y la amargura (1).
 Así uniendo lo bello y lo sublime,
 De las artes aprende los primores,
 Y en su mente se imprime
 La ideal perfección. De los pintores
 El genio á la censura
 Del español Mecenas sometido,
 Escucha sus lecciones:
 Museo los magníficos salones
 De su morada son, donde se hermana
 El arte con la ciencia, y donde absorba
 Le oye enseñar la juventud romana.
 Si á los negocios públicos vacando
 Se halla tal vez el sabio embebecido
 A Roma contemplando
 En quieta soledad, las colosales
 Ruinas su atención llaman
 De la eterna metrópoli. ¡Oh, cuál siente
 Latir su pecho cuando se halla al frente
 De los arcos triunfales
 Que entrar cautivos á los reyes vieron,
 Y en sangre tintos por los godos fueron!
 En el antiguo foro,
 Al eco de tu voz grave y sonoro,
 Elocuente orador, ha sucedido
 Silencio sepulcral. Solo del buho
 Se oye el triste quejido
 Cuando tiende la noche el negro manto;
 Y grima da y espanto
 Oír su dolorido
 Gemir en la maleza, dó se esconde,
 Y una voz misteriosa que responde,
 Del orbe la señora
 Cayó... en sus ruinas, oh viajante, llora.
 Y cuando triste Azara se dolía
 De la muerta ciudad, cruda tormenta
 También amenazaba
 A la que hoy vive, y su hermosura ostenta.
 En la Gahia vecina
 Arde el volcan donde se hundiera el solio,
 Y de la inmensa amenazante ruina
 No está seguro el alto Capitolio.
 ¡ Misera Italia! Contra tí Belona
 Da la horrible señal: acerbos males
 Te aguardan, ¡ay! vacila tu corona.

(1) El cuadro de Rafael conocido con el nombre de Pismo de Sicilia.

Ya las trompas marciales
 Resueñan con fragor: la helada cumbre
 Traspasan de los Alpes las banderas
 De tricolor insignia; el humo denso
 Del tronante cañon, la clara lumbre
 Oscurece del sol, y al grito agudo
 De «viva la República» es vencida
 La combinada hueste: ya en el campo
 Reina el silencio mudo...
 Del vencedor terrible de Marengo
 La espada centellea,
 Ya cual funesto metéoro avanza,
 El Pó y el Apennino señora,
 Y el rayo destructor de la venganza
 Prepara, oh Roma, contra tí. ¿Qué escudo
 Ampararte podrá?... Solo el de Azara (1).
 El príncipe sagrado
 En cuyas sienas brilla la tiara,
 Al español confía
 La alta misión de interceder, y parte;
 Y cual báltavo dique el mar enfrena,
 (Maravilla del arte)
 El sabio así con majestad serena
 Desarma al vencedor. ¡Oh simpatía,
 Vínculo de las almas, cuyo encanto
 Prenda es de paz en la afligida tierra!
 Tú al genio del saber y al de la guerra
 Uniste en este día,
 Y Roma se salvó. Resuena el canto
 En la eterna ciudad. «Azara viva,
 Nuestro libertador.» la gente clama;
 Viva la paz; y zumba
 La salva del cañon, y el himno santo
 En la elevada bóveda retumba.
 Del español la imagen expresiva
 Multiplica el pincel, también se graba
 En duro bronce, y la repite el mármol.
 El pueblo agradecido que te alaba
 Nunca te olvidará: su eco sonoro
 Desde el suelo feliz que el Tiber baña,
 Llega hasta el Betis; se repite en coro
 Por la española gente,
 Y será, oh grande Azara, eternamente
 Tuyo el honor, la gloria para España.

EUGENIO DE TAPIA.

(1) El señor Azara logró contener al general Bonaparte cuando se encaminaba con su ejército á Roma. Celebrado el armisticio de Tolona, fué el gran diplomático español proclamado Libertador de Roma; se acuñó una medalla con su busto, y los principales artistas se ocuparon en multiplicar el retrato de tan ilustre varón.

